

modestos aunque no menos mortíferos eran los instrumentos expuestos por otras naciones, entre ellas Francia que presentaba sus piezas de artillería, sus tiendas y sus hornos de campaña. Al lado de estas exhibiciones veíanse los coches de ambulancia y los aparatos para los heridos, y había gran emulación por ver quién demostraría mayor solicitud para con las víctimas de la guerra. ¡Época extraña que con igual ardor cultivaba la ciencia de matar que la ciencia de curar!

Por varios indicios podía adivinarse, ó á lo menos presentirse, qué dirección tomarían las aspiraciones de los venideros tiempos. En la galería de las artes liberales ocupaban un sitio bastante grande los mapas, los dibujos, los cuadros estadísticos, los planos en relieve y, en una palabra, todo cuanto se refiere á la geografía y á la etnografía. No se veía aún la profusión de documentos que distingue á la época contemporánea; pero ya se despertaba el espíritu de observación y esta curiosidad contrastaba con el pasado embotamiento. Los productos exóticos, las reducciones de los monumentos de ultramar atraían la atención y la gente se estrujaba en el pabellón en donde la Sociedad de las Misiones protestantes había reunido las divinidades de la India, los fetiches de Africa, y los trajes y las armas de los diversos pueblos del universo. Algunas imaginaciones, pocas en número todavía, comenzaban á sentir la atracción de los largos viajes y de las regiones inexploradas; pero estas nacientes aspiraciones habían de extinguirse en medio de las preocupaciones de los años siguientes. Más tarde, sin embargo, renacerían, crecerían silenciosamente y se propagarían poco á poco hasta que, convertida la moda en pasión, todo parecería insípido menos las cosas lejanas; y entonces se vería á los pueblos, dominados por una ambición común, buscar por todos lados prolongaciones para su patria y apresurarse á conquistar la tierra si ésta hubiese de faltar antes de poco.

Tocando al centro de la circunferencia estaba la galería llamada de la historia del trabajo, verdadero museo retrospectivo, en donde había expuestos por orden cronológico los principales productos del arte y de la industria, desde las sílices labradas del periodo primitivo hasta las tabaquerías y los abanicos del siglo XVIII. Esta exposición, ya de suyo muy curiosa, era también muy sugestiva por el estado de espíritu que indicaba: aquel afán de clasificar los recuerdos de las diversas épocas, de colocarlos en un ambiente apropiado con fidelidad rigurosa, revelaba los comienzos de una afición entonces bastante excepcional y hoy tan extendida que ha llegado á ser frívola, la afición á las reconstituciones. A fuerza de estudios y con ayuda de colecciones sabiamente reunidas, se llegaría, andando el tiempo, á reconstituir todo el pasado en sus viviendas, en sus trajes, en sus muebles y hasta en sus costumbres más íntimas. Esta investigación tendría muchos atractivos, pero no carecería de escollos; y el peligro (al que no se han sustraído nuestros contemporáneos) sería extraviarse en las minucias de la erudición, rehacer la historia á la manera que se compone una decoración de teatro, prodigiosamente verídica en sus detalles, pero sin ambicionar nada más; de lo cual resultaría que más de uno que se creería un sabio no sería sino un simple tasador muy entendido, y que la exclusiva preocupación de re-

constituir las apariencias externas haría olvidar el estudio y la pintura de las almas.

Con la galería de la historia del trabajo ocupaba el centro del palacio la de las bellas artes. La idea de la comisión organizadora había sido presentar en primer término al visitante las aplicaciones de la industria que transforman la materia y luego llevarlo, despertando en él sensaciones cada vez más refinadas, hasta las regiones ideales de la pintura y de la escultura; pero esta combinación, á pesar de ser ingeniosa, no había obtenido el favor del público, el cual consideraba que las artes nada tenían de común con la industria y hubiera deseado para aquéllas una instalación completamente separada. Otra decepción era hija de los recuerdos de 1855: entonces se habían admitido en el palacio de los Campos Elíseos todas las obras de artistas vivos aún en enero de 1853, y gracias á esto se había reunido una colección incomparable que venía á ser una revista general de todas nuestras glorias artísticas; en cambio, en 1867 la admisión de obras se había limitado á las posteriores á 1.º de enero de 1855, así es que en vano se buscaba en aquella galería á los grandes maestros que habían ilustrado las épocas anteriores. La escuela francesa, aunque algo disminuída, era también en la Exposición del Campo de Marte la más importante, con Hipólito Flandrin, muerto poco tiempo antes, con Gerome, Meissonier, Cabanel, Teodoro Rousseau, Corot, Millet y Bretón; la superioridad de nuestra escultura aparecía asimismo patente en las obras de Crauk, Carpeaux, Falguiere y Guillaume. Ningún arte experimenta en tan alto grado como la pintura la influencia de los medios sociales. En la Exposición dominaban los cuadros llamados de género, cual conviene á una sociedad en la que el gusto por las artes se democratiza y en que los coleccionistas, que forman ya legión, solicitan especialmente los cuadros de pequeñas dimensiones, fáciles de encajonar y de ser llevados de un sitio á otro. Adivinábase ya para un porvenir próximo un procedimiento cada día más extendido que se resumiría en la habilidad de ejecución, en el refinamiento del trozo acertado, en el trazo ingenioso; entonces la principal preocupación sería la *salida*, y la pintura que tenía, como el comercio, sus artículos corrientes, estaría sujeta, como el comercio también, á la ley de la oferta y de la demanda. Estos síntomas, estas desviaciones pasaban con frecuencia inadvertidas para el público: largo era el camino que había que recorrer para atravesar el círculo y llegar hasta la galería de bellas artes, y á veces en el trayecto se desviaba la curiosidad; de aquí que sólo llamaran la atención algunas obras, y no siempre las más bellas, sino las más dramáticas. En la sección bávara, el gran arte estaba representado por una composición simbólica de vastas dimensiones que recordaba á Cornelius: era un dibujo magistral de Kaulbach en el que se resumía toda la reforma religiosa del siglo XVI y que, por la elección de los personajes, por su agrupación, por su disposición general parecía tener tanto de la teología ó de la historia como de la pintura.

VI

La Exposición, con el conjunto de sus maravillas, ofrecía un espectáculo que difícilmente habría podido



LA EMPERATRIZ EUGENIA RODEADA DE LAS DAMAS DE SU CORTE, cuadro de Francisco Javier Winterhalter, 1866-1873

ser igualado: todo había de contribuir á su éxito, particularmente aquello que daba materia á la crítica, porque sus atracciones retozonas, al despojarla de su gravedad, habían de convertirla en la cosa más encantadora. Su fama atrajo á los pueblos, pero sobre todo atrajo á los reyes y á los príncipes.

A ella acudieron todos. Los primeros que la visitaron fueron el rey y la reina belgas, la reina de Portugal, la gran duquesa María de Rusia y el príncipe Oscar de Suecia; después comparecieron el príncipe de Gales y un joven príncipe japonés, hijo del *Taichún*. En un principio, los regocijos adolecieron de cierta frialdad á consecuencia de los rumores belicosos que, aunque cada vez más debilitados, aún se percibían; y en parte por el temor de angustias futuras, en parte por el recuerdo, vivo todavía, de angustias pasadas, subsistía la sensación de la guerra. Pero muy pronto se anunció el próximo viaje del emperador Alejandro y del rey Guillermo, y ante esta noticia, renació en absoluto la confianza. ¡Cómo no contar con la paz si iban á ser nuestros huéspedes los únicos que podían turbarla!

El zar llegó el 1.º de junio y en su recepción no faltó ninguna pompa oficial; el recibimiento, sin embargo, fué más bien cortés que caluroso, porque aún se recordaban Polonia y sus infortunios. El cortejo, que salió de la estación del Norte, se dirigió al centro de la ciudad sin pasar por el bulevar Sebastopol: en las calles de la Paz, de Castiglione y de Rívoli, las aclamaciones fueron más nutridas, pues las tiendas de lujo de aquellos barrios vivían principalmente de la clientela rusa y un celo interesado había multiplicado allí los adornos y los emblemas. Después de un alto en las Tullerías, el monarca fué conducido con la misma suntuosa pompa al palacio del Eliseo, en donde tenía su alojamiento; y llegada la noche, apresuróse el príncipe á quitarse el uniforme y se fué al teatro de Variedades, en donde se representaba una opereta, *La gran duquesa de Gerolstein*, de la que se hablaba hasta en las orillas del Neva. Era, según se decía, una sátira pasmosa representada por actores más pasmosos todavía, que divirtió muchísimo al emperador y á sus hijos los grandes duques.

Desde entonces las fiestas no se interrumpieron: el día 2, visita á la Exposición; el 3, carreras de caballos en Longchamp; el 4, banquete en las Tullerías y función de gala en la Opera. Pero á la alegría mezclábanse algunas aflicciones; aquel año fué ciertamente el año de los contrastes. El mismo día en que Alejandro entró en París, supose de un modo indudable que Querétaro había caído en poder de los juaristas y que Maximiliano, rendido á discreción, no podía confiar más que en la clemencia de sus enemigos. Otra imagen importuna perseguía al zar, la del pueblo á quien tan rudamente había castigado hacía poco tiempo. En una ocasión en que se dirigía al palacio de Cluny, había podido percibir el soberano, al través de los rumores de la multitud, protestas bastante claras en favor de Polonia; y este incidente se reprodujo en el Palacio de Justicia, esta vez con las proporciones de un insulto: de un grupo de abogados salió un grito estentóreo de «¡Viva Polonia! (1).» «¡A la calle!» gritaron otros individuos diri-

(1) Este grito fué dado por M. Carlos Floquet, futuro presidente de la Cámara y ministro. (N. del T.)

giéndose á los manifestantes y queriendo protestar contra aquel olvido de las leyes de hospitalidad. Pero desgraciadamente el príncipe y los que le acompañaban creyeron que la segunda exclamación también iba dirigida contra ellos, y lo que hubiera debido ser una reparación de la injuria sirvió, al contrario, para agravarla. El zar regresó al Eliseo sumamente irritado.

En la reunión de soberanos faltaba el rey Guillermo, el cual salió de Berlín el 4 de junio, y al día siguiente, á las cuatro, llegó á París, habiendo podido contemplar, antes de llegar á la estación, desde la ventanilla del tren imperial, las alturas que él había ocupado en 1814 cuando la capital hubo caído en poder de los aliados. En el andén le esperaba el sobrino de aquel á cuyo destronamiento contribuyera, el hombre á quien tres años después había él mismo destronado. A pesar de los antiguos recuerdos y de las querellas recientes, la presentación no fué violenta, pues el rey era de carácter conciliador y Napoleón magnánimo por naturaleza. Iguales honores que se habían tributado al zar se dispensaron al monarca prusiano, á quien se tenían preparadas habitaciones en el pabellón Marsán; el cortejo se encaminó á las Tullerías, sin evitar entonces el paso por el bulevar Sebastopol. El lenguaje de la prensa y la circunstancia de estar tan frescas en la memoria de todos las disputas apenas zanjadas, habían hecho temer que se produjeran manifestaciones descorteses; pero nada justificó tales alarmas y la acogida de que fué objeto Guillermo resultó mejor que la que tuviera Alejandro. Bismarck había vacilado durante mucho tiempo en acompañar á su soberano; mas cuando se enteró del rumor que atribuía sus perplejidades al miedo, celoso de desmentir tal suposición, decidió inmediatamente su viaje y comunicó su resolución al Sr. Benedetti. En el cortejo ocupaba el segundo coche, detrás del regio, y como las fotografías y los grabados de los periódicos habían desde hacía tiempo popularizado sus facciones, la gente de las aceras y de los balcones lo reconoció en seguida y unos á otros se señalaban á aquel hombre de porte altanero, impasible, vestido con el uniforme de los coraceros de la Landwehr. Completamente distinto era el rey, de aspecto bondadoso aunque marcial, que sonreía á la multitud con solícita sencillez, encantado de un recibimiento que él esperaba que fuese apenas cortés y que era casi caluroso. Pero las miradas no se dirigían al soberano más que para fijarse en el ministro: éste era realmente el personaje enigmático de aquellas fiestas, el hombre misterioso y terrible cuya fisonomía se esforzaban todos en interpretar, cuyos propósitos quería penetrar todo el mundo, y que era quien tal vez escribiría en los muros de la Francia entregada por completo á las fiestas las palabras del festín de Baltasar.

VII

Como para el rey Guillermo no había espectáculo comparable á una revista militar, habíase preparado una que había de ser memorable.

Para celebrarla habíase fijado el 6 de junio y todo debía contribuir á que fuera famosa. ¡Famosa! Lo fué, sí, por la presencia de los soberanos, por el gran número de tropas reunidas y por la solemnidad del momen-